

En el redil de la *locura*

Alejandro Varela*

*El hombre que grita de dolor o que nos dice
que sufre no elige la boca que lo dice.*

Ludwig Wittgenstein, *Cuadernos azul y marrón*

Entre los siglos XIV y XVI tuvo lugar en algunas regiones de Francia una particular representación teatral llamada ***El teatro de los Idiotas***: las *sotties*.

Tras la catástrofe que se produjo en Europa después de la Guerra de los Cien Años y la Gran Peste, las *sotties* constituyeron un dispositivo necesario para que la **locura** entregara su mensaje de fin de mundo.

Al grito del personaje de la ***Madre Idiota o Loca***, los demás actores carentes de identidad, teniendo solamente un número que los identificaba, se lanzaban a realizar todo tipo de piruetas y gestos bufonescos ataviados con una vestimenta verde y amarilla y un sombrero con puntas que representaba invulnerabilidad.

La trama de la obra remedaba un ***Juicio***, centrándose alrededor de un personaje que iba variando: a veces era el Rey o el Papa, otras veces un general o un noble, ataviado según su dignidad, quien era rodeado por los demás actores, sujeto a sus acusaciones.

En la obra, uno de los actores era ***Alguno***, quien pensaba por lo bajo lo que los demás gritaban y señalaban en sus contorsiones como defecto moral del acorralado.

Los estudios desarrollados alrededor de las *sotties* destacan el alto nivel literario y simbólico que las acusaciones alcanzaban.

* alejvarel@hotmail.com / [CV](#)

Lo cierto es que en algún momento de la obra, el acusado era llevado al centro del escenario y obligado a desnudarse, teniendo bajo las pomposas vestimentas del personaje representado el mismo traje verde y amarillo de los demás locos.

Algunos reyes –como Luis XII– estimulaban las obras para enterarse de los secretos de la corte, pero en otros casos los actores tenían una suerte funesta.

Françoise Davoine ha destacado que además del efecto terapéutico que estas obras podían tener exorcizando los males de su época, se hace posible subrayar el aspecto de la desnudez del **Amo**, proceso este que describiremos como esencial para la **transferencia psicótica**.

Que *Alguno* pasase un espejo entre el auditorio para que “otro alguno” pudiese reflejarse demostraba la función social que el *Teatro de los Idiotas* tenía en la época.

Las *sotties* expresaban literariamente lo que a la locura se le debía como manifestación de una importante tradición oral.

El loco errante, habitante de los espacios maravillosos del bosque, era objeto de una relevante consideración y una atención apasionada.

En ese sentido, la locura se prestaba a la dimensión de la palabra y a los innumerables **juegos de lenguaje** a los que obligaba, transformando al **fuera de sentido** en una especie de sabio.

Sin embargo, por otra parte, en la más eminente tradición de la medicina humoral, la locura ha sido **objetivada**.

El interés por lo que pasa en el interior del cráneo –como demuestra el famoso cuadro del Bosco *La piedra de la locura*, o las lobotomías del siglo XX, o los más recientes diagnósticos por imágenes– ha subrayado una mirada positivista, que encuentra en el desarrollo de las neurociencias su expresión más acabada.

Los locos herederos de la rica tradición oral portaban saberes no oficiales: eran los **histriones** que Isidoro de Sevilla denomina *historiones*, quienes desde el fuera del sentido cuestionaban los discursos históricos constituidos.

“Es la locura quien habla y no conozco a nadie que me conozca mejor que yo”, comienza el *Elogio de la locura* de Erasmo.

Propiedad cognoscitiva y resistente a cualquier forma de objetivación, también a la de la piedra de la locura o a sus versiones más modernas.

El problema que encontramos es que la locura se presta a la objetivación, y en ello se constituye como un objeto particularmente apto para una ciencia positivista.

Contrariamente, a través del intento de restituirla a la subjetividad, con Françoise Davoine podemos preguntarnos: ¿Desde qué lugar nos conmina el loco a responderle?:

“Desde el lugar justamente”, contesta, “donde no hay otro para responder. Al hablar a los muros, a la televisión, la locura plantea en su interlocutor el desafío de **hallar el lugar de alteridad** al cual ella pueda hablar” (2011, p. 51).

En lugar de ello, la propuesta objetiva hace, del tratamiento del loco, el objeto de una atención global prolongada centrada en la farmacología.

Compensado de su desestabilización, juzgada peligrosa para su integridad y la de los demás, se lo reinserta luego a través de actividades pedagógicas y reeducativas.

Esto es propio de quien a través de su desestabilización prorrumpie en un brote, o en los servicios de niños en los que se presentan *posiciones* que en su seno albergan los condicionantes para que una patología tenga lugar.

“Este abordaje del tratamiento es tributario de cierta concepción cientificista del saber que parece prometer la solución tecnológica, a más o menos largo plazo, a los problemas más básicos del ser humano” (Apollon, 1997, p. 59).

Este enfoque descansa en una epistemología: la que supone que la locura es un déficit, básicamente de origen bioquímico.

Todo un sistema hospitalario puede descansar en esta premisa de atenuar la crisis y reeducar: el psicótico se encuentra en la mira de una benevolencia que hace de la vigilancia del Otro su razón de ser, y por las mejores razones del mundo, por su **propio bien**.

Es sencillamente paradójico: el sujeto psicótico se vuelve a encontrar en la posición de ser objeto de observación científica, cuando en su propio delirio se queja de la persecución del Otro.

De este modo *objetivo*, el tratamiento contribuye a mantener lo que tiene por función eliminar, “el delirio estabilizándolo, y el sentimiento de ser reducido a un estado de objeto (de persecución, de control, de vigilancia o de secuestro de órganos, etc.)” (Apollon, 1997, p. 60).

Es necesario efectuar algunas aclaraciones. Pensar desde el psicoanálisis supone que sea el sujeto quien tome en sus manos su propia cura, exigencia ética a cuya altura Freud dudaba que el psicótico pudiese estar.

A esta altura del desarrollo del psicoanálisis resulta conocido el hecho que la falla de la **metáfora paterna**, la *forclusión simbólica* del Nombre-del-Padre, como se dice, tiene consecuencias estructurales, llamando psicótico al sujeto que porta sus efectos.

El efecto en lo **imaginario** de esta operación metafórica cuando tiene lugar es la promoción del significante fálico con el que significamos el ser, la existencia.

No se puede dudar que la existencia es problemática: a menudo los neuróticos se plantean su sentido.

¿Quiénes somos?, ¿qué queremos?, ¿qué es lo que existe y lo que no? son preguntas habituales para las que es posible recurrir a la cadena metafórica del inconsciente que la función paterna asegura.

¿Qué ocurre en la psicosis cuando el significante de la existencia falta?

La habitual afirmación que señala que lo excluido de lo simbólico retorna en lo real significa que donde deberían estar las preguntas por la existencia se imponen las **respuestas sin dichas preguntas**: son las alucinaciones verbales.

Estamos habituados a tropezarnos en la clínica con niños y adolescentes, en familias ubicadas en lo que anticipábamos como *posición psicótica*, o en jóvenes estragados por el estupor o los ataques de pánico, con situaciones de **perplejidad**.

La perplejidad, fenomenológicamente previa a las voces, es el sentimiento de la inminencia de una respuesta, como afirma Colette Soler (2009, p. 179 y ss).

Es una forma de la certeza, de la certeza de un sentido, salvo que se ignora cuál es, es decir: es enigmático.

Por otra parte, también Colette Soler destaca que a pesar de una afirmación reiterada, tanto la psicosis como la neurosis están ambas bajo el efecto de la **castración**.

La aparición de la muerte y la finitud en el ser hablante es el resultado de la transformación que el lenguaje introduce en la vida instintiva del individuo.

Existe una pérdida –castración– por el hecho de hablar, una pérdida al nivel de la vida, proceso que constituye al deseo.

“Hablando del lenguaje, vamos a decir que de la operación del lenguaje resulta una sustracción real bajo lo simbólico y una fragmentación. El instinto desaparece, quedan las pulsiones en plural” (Soler, 2009, p. 183).

Esto nos permite afirmar que no podemos ignorar el deseo del paranoico y aun el del esquizofrénico.

Por lo tanto, castración hay siempre. La falta del significante del Nombre-del-Padre no es causa de falta de castración, sino de la ausencia de una solución para la misma.

En la neurosis el recurso a la cadena metafórica del inconsciente que la función del padre asegura permite una suerte de arreglo con la dimensión de la castración.

El retorno en lo real de lo excluido simbólicamente deja aparecer un real en bruto, el que se manifiesta cuando hay objetos de goce muy específicos: el casamiento, una promoción laboral, el llamado a filas, el parto...

Es en esos casos cuando vacila el aparato simbólico que cubre, o que ordena, que se desplaza lo difícil de soportar con la huida, por ejemplo, habitual en la neurosis.

En ese sentido la represión que constituye el inconsciente mismo es un tipo de huida: "es huir de lo real forzando el significante" (Soler, 2009, p. 185).

En algún sentido, en todos los seres humanos la aparición del objeto de goce hace vacilar la cadena significante, o para decirlo de otro modo hace *faltar la falta*.

El tema del recurso de la metáfora paterna y la disponibilidad de la cadena inconsciente es en la neurosis un modo del que dispone el sujeto para estar menos expuesto a esa irrupción de goce.

La falta del andamiaje simbólico ordenado no impide a algunos psicóticos movilizar sus recursos imaginarios y simbólicos, para someter al sujeto a una suerte de metonimia, organizando por ejemplo un delirio.

En otros casos lo real es tratado por lo real constituyéndose en pasajes al acto, incluso como en el suicidio o el homicidio a costa del sujeto.

En muchos adolescentes es frecuente encontrar lo que los viejos psiquiatras denominaban obsesiones nucleares: una retirada ascética del mundo en una especie de petrificación que brinda la imagen de una pseudo neurosis obsesiva. Es un empuje a la catatonia.

Dejo para el final la solución creativa. Desde ya que si no existe la pantalla del Otro frente a lo real que irrumpe, esto puede favorecer la creación.

El agujero de la forclusión que hace que no se disponga de significantes reprimidos hace que se inventen otros significantes, y también otros objetos.

Que la elaboración por la palabra, más o menos delirante, que define al psicoanálisis pueda ser considerada como un medio de frenar los pasajes al acto resulta obvio.

El tema complicado es considerar los alcances del acto analítico en una estructura que no repite, que no transfiere desde un inconsciente beneficiado por los efectos de la represión.

En las *Investigaciones filosóficas*, Ludwig Wittgenstein afirmaba que cuando la herramienta del nombre N. se rompe, sigue siendo posible mostrar los pedazos e imaginar una convención que dé lugar al nombre roto, en el juego de lenguaje, incluso cuando la herramienta ya no existe, incluso cuando el nombre ya no tiene sentido, incluso cuando su portador ha dejado de existir.

¿Cuál es el juego del lenguaje que jugamos con el loco? Hemos hablado de la irrupción del goce.

Lo Real para Lacan es lo que no tiene nombre ni imagen, y siempre retorna al mismo lugar por fuera de la simbolización, lo *que no cesa de no escribirse, lo imposible*.

Irrumpe allí donde ya no funcionan las oposiciones que estructuran nuestra realidad común, el adentro y el afuera, el antes y el después, allí donde son burladas las garantías que fundan el lazo social.

Hace algunos años, cuando nos visitaron del Centro de Psicopatología de Quebec, los visitantes recordaban que **la psicosis no es la pérdida de la realidad, sino la pérdida del lazo social.**

Esa irrupción que torna imposible cualquier alteridad, la del semejante con quien rivalizamos o nos identificamos; o la del Otro que funda la alianza, que se propone como la destrucción de las garantías de la palabra, es un desafío para el analista: ¿cómo construir **otro** al cual hablarle?

Una observación de Deleuze resulta interesante para los analistas: nadie delira con papá y mamá. Se delira con los marcianos, con la policía, con los nazis, con las autoridades, etc.

En este sentido es posible señalar que esa dimensión que los autores sajones han distinguido con el nombre de **self** y que articula lo social con lo individual está estallada en la psicosis.

En el año 1945 Lacan publica un texto llamado *La psiquiatría inglesa y la guerra*, y denostando el **desconocimiento** sistemático que los franceses hacían de lo que llama disolución verdaderamente terrorífica del estatus moral que la guerra había ocasionado, augura con pesar el funesto destino que ese desconocimiento acarreará para futuras generaciones.

La rotura de la herramienta de los nombres que citábamos en Wittgenstein es una ruptura de las posibilidades de transmisión.

Es por ello que Françoise Davoine basa su consideración de la psicosis en la descripción de "cómo pedazos de historia hasta" el momento del estallido del delirio, "cercenados de la transmisión surgen así a la luz del día, en formas extravagantes o minimalistas, pero siempre chocantes hasta encontrar al analista, un cronista responsable de los anales de una gesta silenciada" (2011, p. 78).

Las escenas desplegadas de las *sotties*, hasta que alguno se refleje en el reflejo del espejo que exhibe *Alguno*, para que pase a ser alguien, no sin la caída del Amo que oficialmente ha redactado la *Gran Historia*.

Desde ya que la Historia, esa *Gran Historia*, no recupera estas *historias* que dan cuenta de su fracaso.

El continente europeo ha sido el campo privilegiado de grandes conflagraciones que han hecho estallar a sus ciudadanos y enloquecido a sus descendientes.

El mismo Lacan señala los suicidios en tercera generación de los descendientes de los protagonistas del Holocausto, sean los deportados o los jefes.

Nosotros no tenemos una investigación seria de los conflictos subjetivos suscitados por el terrorismo de Estado, las desapariciones y las dictaduras, salvo la conocida por todo el mundo y destacada como **el deber de memoria**, sin que esto signifique demasiado, salvo la pretendida glorificación de los oportunistas.

Las inmigraciones forzadas, los choques de culturas, las adaptaciones feroces, los alojamientos en las villas son otras tantas ocasiones para la ruptura de la herramienta de los nombres, y eso abunda en nuestros servicios.

En 1963 Winnicott publica *El miedo al derrumbe*, hoy digamos una variante de la perplejidad.

No se corresponde con el inconsciente reprimido, dice. Tampoco el inconsciente junguiano, sino el que se corresponde con "una integración yoica incapaz de abarcar algo" (Winnicott, 2015, p. 116).

Es posible, dice Winnicott, que el derrumbe ya haya sucedido, y agrega: "El paciente necesita 'recordarlo', pero no es posible recordar algo que no ha sucedido aún, y esta cosa del pasado no ha sucedido aún porque el paciente no estaba allí para que sucediese" (2015, p. 117).

La transferencia psicótica es una modalidad de existir en zonas de no existencia: no todo dolor se puede decir por la boca del que lo sufre, comentábamos en el exergo.

Hace un tiempo que colaboramos en el Hospital de día del Tobar García. La incesante concurrencia de niños y familias severamente dañados evoca su procedencia de un lugar parecido a ese lugar tabú indicado a Edipo por el aldeano en *Edipo en Colono*.

Un espacio que no permite *ninguna mirada, ninguna voz, ninguna palabra*.

Nada más espantoso que ese bosque sagrado de la tragedia, y en el que además *Edipo desaparece*.

Los pasillos que reciben a esos habitantes de la nada son más importantes que la maquinaria burocrática.

Las voces y las miradas se disponen para una acogida que hace estallar los recibimientos oficiales o las historias transformadas en prontuarios.

Parece que se ocupan de aquello que un transeúnte también le dice a Edipo: se ocupan de *cosas, extranjero, que no han tenido el honor de ser incluidas en la historia, pero que se ha aprendido a frecuentar*.

Bibliografía

Apollon, W. (1997). Tratamiento posible de la psicosis. En *Tratar la psicosis*. Buenos Aires: Polemos.

Davoine, F. (2011). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura.

Soler, C. (2009). *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* Buenos Aires: Letra Viva.

Winnicott, D. (2015). *El miedo al derrumbe*. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.